La oposición del presidente se caracteriza por lo frenético de la derrota; de ahí el castigo fantástico que inflige a su vencedor, aunque está claro que conscientemente ninguno de los dos hombres comprende ni siquiera sospecha la índole de su antagonismo, el cual tiene su origen en la polaridad necesaria de la naturaleza.

En conclusión, podemos apreciar cuán apropiada fue la elección de una dictadura como escenario para *El señor presidente,* a pesar de que el tema no se relaciona intrínsecamente ni con lo político ni con lo social. Es que una dictadura proporciona un teatro inmejorable para la muerte planeada o el sacrificio ritual exigido de quien, como Miguel, hace el papel de héroe de la fertilidad y de la abundancia.—RICHARD J. CALLAN.

LAS CASI «PRIMERAS MEMORIAS» DE MANUEL SILVELA

Dije «gracias» nada más leer la primera copia del «diario» de Manuel Silvela. Años y años llevo trabajando entre «diarios»: fue primero anotación de lo que significa la música en los mejores —de Stendhal a Julien Green—; fue luego pasión por el tema en sí, polémica permanente, polémica de sacerdote, «teólogo pastoral», cuando veo cómo la pobreza de este género en nuestra literatura es un claro síntoma de dos realidades: los defectos de educación de la sensibilidad en la enseñanza media —la mala «redacción», la pobreza de matices en las cartas, la pereza típica del varón español para ellas— y la dureza de ese varón y la exaltación de esa dureza incluso como virtud. Hay como un inconsciente temor de afeminamiento y un olvido preparado de la típica ternura del varón, cuando precisamente en esa ternura está la defensa contra lo otro. Permanente, horrible falta de intimidad que viene, sin duda, de la falta de costumbre de lenguaje para expresarla.

Manuel Silvela Sangro era un muchacho de familia, de gran familia, claramente indicada por los apellidos; enfermo del corazón desde pequeño, «compensa» no su corazón de carne pero sí el otro con una entrega a todo lo que encuentra en torno de su vida. La primera condición de un «diario» verdadero es esa mezcla de la máxima intimidad con la máxima atención al mundo o, si se quiere, que esa atención reconcentrada hacia adentro llegue a ser costumbre en la mirada

de los ojos. Esa condición se cumple plenamente en el «diario» de Manuel Silvela comenzado en el Bachillerato, en la edad precisa de esa, primera pero temblorosa, casi madurez de la adolescencia. Muchacho de gran familia en los apellidos pero no creo, la verdad, que de fortuna muy importante: del «diario» se desprende que con un poco «más» estaría ya en esa opulencia que impide un sano, normal refinamiento. Manuel Silvela es auténtico dentro de su mundo porque hay esa realidad y ese regusto y paladeo de la austeridad voluntaria, escogida desde el gratuito refinamiento de la sensibilidad. Claro que en su época, la inmediatamente anterior al desarrollo, eso era más fácil y cosas que hoy son normales tenían todavía sabor de lujo que Silvela sabe convertir en gracia y en acontecimiento: el coche antes del 600; la caza antes de la moda de la «montería»; el pueblo de Castilla con su pan y con su vino antes de la emigración; el primer «enchufe» con los americanos antes de las «relaciones públicas»; el viaje al extranjero como auténtico y raro acontecimiento, tantas cosas que ya son historia.

El diario nos da meridianamente lo bueno y lo malo, mejor dicho, lo positivo y los peligros de una generación. Esa generación universitaria vive, desde un punto de vista religioso, una fe firmemente heredada y, al mismo tiempo, abierta. Desde la seguridad se abre. Dialoga en primer lugar con Ortega. Ortega ha vuelto a España, se canjea el esplendor que supone su vuelta con una aparente liberalización: habla el maestro en el Ateneo, funda el «Instituto de Humanidades», Marías aparece como cordial «repetidor» para la juventud, ya que rechazado del magisterio en la Universidad —Ruiz Giménez inició la rectificación del entuerto— hambrea el diálogo con ellos, diálogo que justifica el bello prólogo de Marías al libro. A muchos les parecerá excesiva esa pasión por Ortega: téngase en cuenta, primero, lo que significaba su presencia y su palabra, el tener todavía que defenderle de algunos burdos ataques eclesiásticos impulsados incluso por cierta jerarquía —estuvo cercano a ser incluido en el «Indice»—, y en el caso de Silvela hay, además, la posibilidad, por razones familiares, de oirle de cerca, de pasear con él. Madruga Silvela también en otra apertura de su religiosidad, apertura en la que yo he podido influir: la pasión por los temas religiosos de Rainer María Rilfe. Ahora bien: el defecto está en la misma seguridad porque no hay proporción entre la constante problemática sobre todos los temas —excepto el político, como luego recordaré— y la falta de verdadera problemática ante lo religioso. Es la fe «heredada», con el solo sobresalto de los problemas morales. Silvela se abre más al misterio humano, social, poético que al misterio *ut sic*, al religioso. Será también, claro está, culpa nuestra y yo leo con ternura pero no menos con remordimiento que Silvela ha oído

con muy cariñosa atención mis sermones de Semana Santa a través de Radio Madrid.

El «diario» puede ser el grande, el necesario refugio de un tema tan capital como el amoroso. Lo malo es que si se medita un poco en la gran historia de los grandes «diarios», vemos bastardearse el tema, o bien por excesivo afán de «cristalización» —Stendhal—, o bien —triste cosa— por ser refugio de la timidez —Amiel— o de la confesada desviación —Gide, el mismo Green.

Lo bonito —uso la palabra de lleno— en Silvela, lo que es casi un milagro desde un estricto punto de vista de género literario, es que la absoluta normalidad del Silvela adolescente, del Silvela joven, la casi permanente vecindad con los tópicos, está salvada desde la pasión, tan limpia, hasta el estilo, sencillo, vecino de la casi asepsia pero donde está decantada una vida de ensueño y de lectura. La verdad es que esa generación, tan rodeada de «seguridades», sólo podía ser noble, auténtica, arriesgándose a través de la aventura amorosa, aventura plena porque la limpieza de fondo es el «estar en forma» siempre. Enorme mérito tiene esto porque Silvela no se engaña: piensa desde el principio en que su «diario» será leído, vive realmente para ese «diario» y, sin embargo, el tono de fresca sinceridad, el estilo personalísimo, se mantiene siempre. A través de la relación amorosa, de su espera y de su realidad, se describe un mundo que tímidamente avanza hacia la libertad de hoy: delicioso, por ejemplo, el relato de un viaje —¡a Alcalá de Henares y en tren!— con las primeras «extranjeras», sueltas y serias a la vez, asombrando con sus canciones a los paletos en coche de tercera clase. Un mundo de «prelibertad», muy sometido aún a la fiesta, asomándose a las salidas nocturnas, rodeando al cuerpo como misterio. La medicina psicosomática enseña que enfermedades como la de Silvela —noticia continua en el inconsciente de juventud hacia la muerte— aguijonean más el eros: lo grande expresado en bonito es que ese eros en Silvela —que no conocía la gran renovación del lenguaje en teología— sea siempre «ágape», ternura de varón, delicadeza de varón, tentación resuelta en la gran caricia de la palabra, forma de rezar sin saberlo, purísimo, importante testimonio en ese mundo y en esos años.

Musicalmente, este «diario» es, sin más, sensacional. Mi permanente pasión por los «diarios» viene, desde luego, por sus «músicas», pues en todos los grandes, sin excepción, de Stendhal a Kafka, la música es no parte, sino esencia constitutiva. Y en la música podemos ver, puedo yo analizar mejor, la originalidad y la grandeza del «diario» de Manuel Silvela: la unión inseparable de la historia íntima, la del corazón, en su tiempo psicológico con la externa, la del mundo. Respecto a lo pri-

mero, el libro es la expresión en vida adolescente y joven de lo que tanto hemos predicado a jóvenes y adolescentes: que la música, a esa edad, es la única arquitectura del ensueño y que —con el deporte— es la gran defensa de una castidad positiva, la mejor preparación para «el afán de engendrar en Belleza». En lo segundo, la historia es perfecta y, para mí, la más bella recompensa de la política musical que impulsé desde la dirección del Conservatorio. Manuel Silvela pasa del Tschaikowsky en el Monumental al Bartok del Conservatorio, como cima y suma de la pasión «actual», al Stravinsky más humano: en el medio, Beethoven, como «constante»; Mozart, como redescubrimiento. ¡Ah, Dios mío, si hubiera siempre en la música española una minoría de auditores como Silvela, incapaces de separar la pasión de la modernidad, qué otro gallo nos cantaría!

El «diario» de Silvela se lee con afán: poco importa que muchos nombres estén en clave —¡hay tantos que lo están por las erratas, plaga abominable, irritante en este libro!—, aunque es verdad que los nombres sin clave —los de jóvenes de entonces sobre todo— contribuyen a ese afán, a esa pasión en la lectura. Conocemos, sí, la línea de la historia de esos años —1949 a 1958—, y, por conocerla, queremos recordar, revivir, lo que este notario lírico dice. Desde el comienzo, luego más, al aparecer ciertos nombres —de los que yo llamo «rebeldes subvencionados», hijos de papá, hasta otros hoy en el exilio—, nos impacienta una fecha: febrero de 1956, primera y violenta erupción de la Universidad, primer signo que creímos infalible como cambio de los tiempos. Hasta esa fecha yo fui director del Conservatorio, todavía enfrente de las facultades, y en esa fecha me asomaba a las verjas antañonas de mi despacho, no para ver, sino para sufrir y para protestar. Pues no, nada interesante nos dice Silvela. Es verdad que la fecha es ya posterior a su vida de estudiante, pero sólo inmediatamente posterior, y los amigos están en el lío; y en aquellos días una muy exigente minoría de estudiantes clamaba y se exponía. Nada, nada: el peligro hecho defecto está bien claro en Silvela; ese defecto de la despreocupación política, ese sentir como aventura sólo lo estrictamente personal, incluso un creer que de la charla apasionada a la *praxis* hay la distancia de lo limpio a lo manchado. Los temas pueden ser del «día siguiente», pero bien pudo Silvela ser generosamente zahorí. No peca de señoritismo, pero sí de lejanía.

Este «diario» quedará, y no sólo —ya sería importante— como testimonio de una época española, sino como estímulo para seguir en este género literario. El «diario», hoy, juega con cierta ventaja. Frente al descoyuntamiento del estilo, de los temas y del mismo lenguaje, el «diario» es la reconciliación con la sinceridad, con los grandes temas

y con el orden. Pasa algo parecido en la música con el mundo de la canción, especie de revancha popular del romanticismo. Claro que ahí está también el peligro de escapar, falseando el mismo mundo en que se vive. Si Manuel Silvela, que ha vivido un mundo relativamente tranquilo, que no es lector especial de los grandes «diarios», puede lograr que nos metamos en su celda, que habitemos su mundo, otro «diario» de hoy mismo con cosas mucho más herederas y abiertas —desde el viaje hasta la cárcel, pasando por el gran drama de la relación con los mayores— puede convertir el acontecimiento de Silvela en «género» y sacarnos de tantos atolladeros, de tantas crisis de la poesía y de la novela. Y, sin embargo, no sé; termino también titubeando con unas líneas que son casi página de «diario» escrito en viaje, en el «vacío» de un anónimo cuarto de hotel. Pienso si la pasión con que leemos este «diario» de Silvela no vendrá de que, antes de empezar, «sabemos» ya que está destinado a morir joven, que él lo va sabiendo —las pocas palabras para describir el reconocimiento médico que le excluye de la carrera diplomática son tañido de víspera para funeral—, y entonces sospechamos que, por eso, esta vida es distinta y, al serlo, tiene su impresionante estilo propio. La vecindad de la muerte da a los «diarios de guerra» una pasión especial: el afán de vivir redescubre, recrea, cada cosa. Aquí la muerte va muy dentro, como garra de fondo, ni alegre ni triste, pero cargada de poder, como un destino. Si de eso no se puede ser alumno —con fe sí se podría—, este «diario» no va a tener sucesor: será siempre tan actual y tan «antiguo» como el Rilke de la «muerte personal» que le dio sentido.—FEDERICO SOPEÑA IBÁÑEZ.

MALLEUS MALEFICARUM

Las brujas han regresado a la literatura, que, aunque siempre mantuvo ciertas tradiciones sabáticas, llevaba, al menos, medio siglo ocupándose preferentemente del «intimismo» primero y de la «cuestión social» después. La última novela gótica bien pudo ser el *Drácula* de Bram Stoker, publicada en 1897. Para entonces, el comunismo soplaba ya sobre el mundo como un vendaval, repartiendo castas consignas revolucionarias; ya no había tiempo para aterrarse con los sueños, porque la historia se convertía en un desafío concreto, medido en salarios y en batallones de infantería.